

PASCUAL GIRONS

# ¿Quién dijo miedo?

*Cómo superar tus límites sin dejar de ser tú*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

**Colección Éxito**

¿QUIÉN DIJO MIEDO?

*Pascual Girons*

1.ª edición: mayo de 2016

Maquetación: *Isabel Estrada*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2016, Pascual Girons

(Reservados todos los derechos)

© 2016, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco S. L.  
Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3.ª planta 5.ª puerta  
08005 Barcelona - España  
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23  
E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-088-0

Depósito Legal: B-10.147-2016

*Printed in Spain*

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

<b>Historias</b> .....	7
Marta y las flores .....	9
Pedazo de pan .....	12
El miedo y la muerte .....	14
La fiesta de cumpleaños .....	17
¿Quién dijo miedo? .....	19
Delirios .....	21
Baja un poco más .....	23
Baila y sé feliz .....	25
Adán y Eva .....	28
El cambio de paradigma .....	30
Un día mi hijo... ..	34
El campo de batalla .....	36
La ilusión y nuestra estupidez .....	38
El cobarde .....	40
Mi casa .....	41
Papá, no le pegues a mamá .....	44
Los fantasmas de la niñez .....	47
Perdese .....	49
El teatro de los sueños .....	51
Camino del cambio: acción .....	54
Mi mentor .....	56
El perro negro .....	59
¿Recuerdas? .....	61
Lucía y su hijo .....	63
George y su penitencia .....	66
Aquel extraño día .....	69
La caída .....	71
El huerto de los sueños .....	75
Y no me digas que fue un sueño .....	77
La rosa de la libertad .....	80
Que ruido hace la lluvia al caer .....	82

El tito .....	84
Aquel viejo trombón .....	85
Sólo las mujeres lloran .....	87
Navega, navega... ..	88
Príncipe o mendigo .....	89
Como una piedra rodante .....	90
¿Has visto al señor? .....	91
Vuela como un águila .....	93
Todo es mágico .....	94
Ámame y déjame .....	95
<b>Reflexiones</b> .....	97
Soñar no es una enfermedad .....	99
El despertar .....	100
Qué bello es vivir .....	101
Todos brillamos .....	102
Ven como tú eres .....	103
Soy un pecador .....	104
No te detengas .....	105
Yo sólo quería ser feliz .....	106
A tu manera .....	107
Bienvenidos al club .....	108
El amor .....	109
Sé feliz, por favor .....	110
¿Crees en ti? .....	111
Quiero más .....	112
Las ranas chinas .....	113
Sueña .....	115
Dedicado a ti .....	116
¿Lo sabías? .....	117
Namaste .....	117
La vida te pagará lo que pidas .....	118
Ser o no ser .....	118
Dímelo a la cara .....	119
Mi confesión .....	120

Vivir al límite .....	121
Viviendo de prisa .....	122
El dolor de escribir .....	123
Sin darme cuenta .....	124
No me juzgues .....	126
Alguien como tú .....	127
Promesas .....	127
Escúchame .....	128
El tam-tam .....	129
Tu semilla .....	130
Tu precio .....	131
No huyas .....	132
Libertad .....	133
Hay un sueño para ti .....	134
Eres llama .....	135
El último .....	136

# Historias

## Marta y las flores

Me costó tanto aceptar que estamos de paso.

Marta tenía veinticuatro años cuando apareció por primera vez por mi casa. Era la novia de uno de mis mejores amigos, tenía un cuerpo menudito, los ojos achinados y una voz quebradiza. Era ocurrente y muy irónica, conectamos rápidamente.

Venía todos los fines de semana, le encantaba pasear por el jardín y animar el ambiente festivalero que se respiraba en aquellas cuatro paredes. En nuestro grupo, se convirtió en la estrella que más brillaba, era la vedete que hacía girar las emociones de la corte.

Un buen día empezó a encontrarse mal, nadie sabía lo que le pasaba, ni siquiera ella. Su cara se apagó y sus sonrisas se redujeron a tímidas muecas indescifrables. Cuando llegaba a casa se recostaba en el sofá, y con un cojín entre los pechos y las piernas se convirtió en espectadora de nuestras reuniones.

Los médicos le dijeron que tenía una depresión, pero ella, cuando se miraba al espejo, no se reconocía. A medida que pasaban las semanas, su cuerpo se fue deteriorando y su expresión delataba en ella más sufrimiento que depresión. Marta quería pensar que aquello era pasajero, pero su luz se iba apagando a pesar de que los médicos le insistían después de muchas pruebas en que no tenía nada.

Un día se puso muy mal y la ingresaron de urgencia. Después de varios días, le diagnosticaron un cáncer de páncreas, le dieron tres meses de vida. No había solución.

Llevábamos meses pensando que tenía una depresión y esa sentencia nos hundió a todos. A pesar del diagnóstico, siguió subiendo a mi casa, según ella era el único sitio donde su dolor era más soportable.

El primer fin de semana después de salir del hospital, llegó a casa con unos geranios. Me pidió permiso para plantarlos, yo le dije que los pusiera donde desease. Al fin de semana siguiente volvió a traer más geranios y los plantó al lado de los de la semana anterior. Después los regaba cuidadosamente y los podaba con mucho cariño y mimo, quizá consciente de que no los vería crecer.

Al poco tiempo murió y su parterre de geranios quedó allí como recuerdo de sus últimos suspiros. El día del entierro fue un día muy duro para mí, era la

primera vez que perdía una persona querida tan joven y de manera tan dramática. Para mí la muerte era algo lejano y distante que sólo correspondía a desconocidos y ancianos.

Entré en una depresión que me obligó a dejar el trabajo y medicarme. Llegué a un acuerdo con mi socio y abandoné el negocio que me había dado de comer los últimos seis años. Me fui a casa y en mi estado de aislamiento, decidí sacar mi sofá, ponerlo debajo del magnolio centenario y abandonarme a mi tristeza. Cuando me levantaba me iba y allí permanecía todo el día en mi estado depresivo sin querer saber nada del mundo.

Un día, perdido en mi abstracción, mirando los geranios me di cuenta de que estaban secándose. Decidí ocuparme de ellos, eran los geranios de Marta y quería que se quedaran allí. A los pocos días de abonarlos y regarlos empezaron a brillar de nuevo, ese destello de vida me empujó a comprar más geranios. De pronto sentí la necesidad de acompañarlos de más plantas, me fui al vivero del pueblo y compré margaritas, dalias y orquídeas. El parterre fue creciendo, varios días después compre más. Las flores de Marta ya no estaban solas, el jardín, que era una inmensa pradera de césped, empezó a ceder espacio a las flores.

En poco tiempo, mi afición se convirtió en obsesión, seguí comprando flores y más flores. Después empecé con los arbustos, adelfas, bojés y lavandas. Más tarde con los árboles y las palmeras.

Mi casa era una selva, me obsesioné de tal manera que vacié las estanterías de los libros de mi adolescencia y empecé a comprar libros de plantas, botánica, jardines japoneses, feng shui y paisajismo. Cuando acabé con los libros me fui a la Escuela de Paisajismo más importante de Barcelona y estudié diseño de jardines. Seguí, con cursos para crear sistemas de riego, cursos de enfermedades, plagas, construcción de estanques y cualquier tema relacionado con mi obsesión.

Finalmente decidí montar una empresa de jardinería, me anuncié en las más prestigiosas revistas de la época, iba a ferias, me llamaban para dar charlas, escribía artículos para revistas. Mi vida eran las flores, los árboles y la naturaleza. Algo que nunca me había parado ni tan siquiera a tocar, ni oler, ni a mirar y que de pronto ocupaba mi vida a lo largo y a lo ancho.

Hice jardines durante dos años, plante miles de plantas, cientos de árboles, vi la cara de felicidad de la gente que me contrató cuando les dejaba un pedazo de la naturaleza en sus vidas.



De la depresión pasé a vivir una de las épocas más felices y plenas de mi vida. La naturaleza me enseñó que nacemos, florecemos, envejecemos y morimos y el ciclo de la vida sigue. Unos se van, otros se quedan y así sucesivamente en una rueda interminable de vida y muerte.

Un buen día, y no sé cómo ni por qué, mientras aparcaba el coche en la puerta de mi casa mi voz interior me dijo. Se acabó. Al día siguiente pagué a todos mis trabajadores, metí las herramientas en el almacén y ese ciclo quedó sellado.

Han pasado muchos años de esta historia, pero Marta y las flores me enseñaron que estamos de paso, me costó una depresión y el cierre de un negocio. Pero me presentaron a la madre naturaleza y la grandeza de la vida, cuando lo entendí, el universo me permitió seguir mi camino.



## Pedazo de pan

Cada mañana me lo encontraba en un portalillo al lado del *parking*. Siempre estaba acurrucado y recostado contra la pared como si estuviera a punto de levantarse. Pero no se levantaba, porque allí estaba el sitio donde él había decidido construir su hogar.

Tenía unos sesenta años y era muy poca cosa, no más de cincuenta kilos. Sus ojos parecían dos almendrillas y el poco pelo que tenía era blanco tirando a platino. Tenía un aire como monacal y gran sentido del humor, era muy risueño, aunque se contenía, para disimular la falta de varios dientes. Yo le llamaba Pedazo de pan.

Cada mañana le daba alguna moneda y en alguna ocasión le había llevado comida. Tenía siempre el cartón de vino muy cerca.

Por las mañanas, se podía hablar con él y gargarle alguna broma, pero por la tarde, como ya estaba borracho, me despedía sin esperar ninguna contestación. A esas horas ya no estaba en este mundo, estaba en otra parte que sólo él sabía. Así iba pasando su vida, subido en ese tobogán, sin moverse de su metro cuadrado.

Una mañana sin pensarlo, y no me preguntéis por qué, le dije que si dejaba de beber le ofrecía trabajo en mi empresa, le daba techo, ropa, comida y un sueldo para sus gastos. El aceptó.

Al día siguiente, cuando me vieron entrar en la empresa con él, todos me miraron con cara de aduaneros, pensaron que me había vuelto loco. Le compré ropa, le preparamos una cama en el almacén y Pedazo se convirtió en ayudante de todos. Enseguida se ganó el cariño de la tripulación por su fina ironía y su aspecto de párroco dominical.

A los dos meses, le llevamos al dentista y le pusieron tres dientes postizos para que pudiera reír sin taparse la boca. Su vida se empezaba a parecer a la de una persona normal, iba aseado, afeitado y parecía un galán de película de los años treinta.

Todos los mediodías íbamos a comer juntos al restaurante del polígono, los camareros que ya conocían la historia de Pedazo nos bautizaron «La extraña pareja». Yo me sentía muy a gusto en su compañía, nos reíamos y caminábamos al mismo compás, como si hubiéramos andado juntos mucho tiempo.

Apenas me habló nunca de cómo había llegado a convertirse en un mendigo, sólo me comentó una vez que su mujer le engañó con otro y decidió irse a recorrer portales. Yo tampoco le insistí mucho, sabía que ese plato era doloroso y de mal gusto. Nadie le pudo sacar más, su secreto se convirtió en la comidilla de los pasillos de nuestro palacio.

Durante ese tiempo, respetó el trato y no bebió, al menos en la empresa. Al cabo de más o menos un año, una mañana entró en mi despacho y me dijo que quería volver a la calle, necesitaba beber. Yo me quedé de piedra, le pregunté, ¿por qué? Me dijo que no podía soportar ser normal y feliz. La cabeza le iba a estallar, no podía olvidar su pasado, se estaba volviendo loco.

«Si no bebo, no consigo olvidar! No estoy preparado para ser persona. Necesito beber y estar solo con mis recuerdos». Ésos eran sus mantras. Yo le pedí que lo pensara. Él me dijo que se iba esa noche y que por favor no lo buscara.

Después de un año con nosotros, a la mañana siguiente no estaba en la empresa esperando con su sonrisa a que fuéramos entrando de uno en uno. Fue un día triste para todos. Yo no fui a buscarlo, y expliqué a los compañeros que le había llamado un familiar lejano.

Unos meses después, mientras buscaba una farmacia en una barriada de mala vida. Me lo encontré acurrucado y con una mantilla en su nuevo hogar. Parecía como siempre, a punto de levantarse.

Me acerqué, le hablé, pero no me respondió, le levanté la barbilla, pero estaba completamente borracho, sus ojos estaban perdidos y su voz no articuló ni una sola palabra. No estaba allí, estaba lejos, con sus recuerdos y con su pasado en algún lugar de su infierno particular.

Pedazo es un caso muy extremo de persona que se refugió en su trastero y decidió morir en la ciénaga de sus frustraciones. Pero hay muchas veces en las que nos instalamos en la creencia de que tiempos pasados fueron mejores, nos anclamos como un velero en ese pensamiento y despreciamos nuestro mayor tesoro, que es vivir el aquí y el ahora.

Veo a muchas personas a las que les cuesta cerrar la puerta del pasado y enfrentarse a un mundo nuevo, imprevisible, incierto, complejo y cambiante, pero es lo que toca y seguro que tiene su razón de ser. Aceptar el presente es aceptar el momento en el que por una razón u otra estamos viviendo.

El pasado y el futuro no nos necesitan. Vive el presente.

El tiempo no espera a nadie.

## El miedo y la muerte

Soy cáncer, y mi atracción por el agua es obsesiva rozando lo enfermizo. Desde muy niño, dentro del agua he encontrado mi escondite favorito. En ese mundo de silencio, color y belleza sentía la paz que fuera no era capaz de encontrar. Cuando mi cuerpo percibía el olor a salitre y mis ojos divisaban el gran azul, mis pulsaciones se aceleraban y vibraban como las alas de una mariposa.

Me aficioné a bucear a pulmón desde muy joven. Mis vacaciones las planificaba alrededor de mi gran pasión, las personas con las que compartía mis veranos ya no volvían a repetir. No les hacía mucha ilusión ver cómo entraba en el agua por la mañana y salía por la noche.

Yo perdía la noción del tiempo en mi segundo elemento y hacía sufrir a mi familia y a mis amigos. Pero mi yo interior no entendía de sufrimientos ni peligros. Cuando me perdía en la profundidad me olvidaba de todo, incluso de compañeros ocasionales que acababan en la orilla esperándome desesperados.

Durante años fui buscando sitios especiales que elegía cuidadosamente en diferentes partes del mundo. Arrecifes, corales, pecios, abismos, me gustaba cualquier reto. Por la noche, en mis sueños volvía a bajar a las profundidades a ver corales, tocar morenas y bailar con las algas.

Mi sueño era ir a una isla que estaba en la República Dominicana, se llamaba Saona. Aquel año lo preparé todo cuidadosamente y cambié todo mi equipo para disfrutar plenamente de mi experiencia soñada. El día que decidí ir a Saona contraté un barquero para que me llevara. Hacía un día de ensueño. Cielo azul intenso, mar tranquilo, nada de aire y un sol de justicia.

A medio camino, el barquero me habló de un coral a unas millas de Saona en medio del mar. Me dijo que era un paisaje submarino inigualable. Le propuse que me llevara inmediatamente. En un punto concreto, él me señaló y me indicó que debajo teníamos el paraíso. Me preparé el traje, las aletas y las gafas y me tiré.

Cuando entré me quise morir, era un acuario de vida, de colores, de matices. Era el Edén. La naturaleza en su máxima expresión había esculpido lo más bello que había visto jamás. Era un lienzo azul impresionante de acuarelas y esmaltes inigualables manchado de luz con una nitidez que hería la sensibilidad.

Como de costumbre, me olvidé de todo y perdí la noción del tiempo, estaba tan embelesado que no sé ni cuánto tiempo pasó, ni cuánta distancia había re-

corrido. De pronto desperté del trance y recordé que alguien me había llevado hasta allí.

Cuando subí y saqué la cabeza, no había nadie, el barquero no estaba. Yo miraba a izquierda y derecha y no veía más que agua a mí alrededor. Estaba en mitad de la nada, solo. De repente mi sueño se empezó a convertir en una pesadilla, la posibilidad de haberme alejado y de que el barquero me hubiera perdido me estremecieron.

El azul del mar se volvió oscuro y amenazante. El cielo ya no me acompañaba, cuando metía la cabeza dentro del agua en el coral, ya no encontraba colores, sólo oscuras sombras. Cómo podía ser que minutos antes estuviera en lo más parecido al paraíso y en un momento mi vida se balanceara tan dramáticamente.

Siempre había soñado morir en la profundidad con los delfines y en el silencio del gran azul. Pero en ese trance, ese pensamiento no me resultó nada inspirador. Por primera vez temía por mi vida.

Me habían abandonado y estaba tan lejos de la costa que mi debate estaba entre intentar cubrir las veinte millas que había hasta la orilla o quedarme quieto y esperar a que alguien me encontrara. Nadar suponía varias horas con la noche al acecho. Quedarme quieto significaba encontrar una cabeza en medio de la inmensidad del mar que ya no parecía tranquilo ni familiar. El miedo y el pánico me habían paralizado a pesar de mis años de experiencia. Decidí no moverme, esperar y abandonarme a la providencia.

No podía ser que mi mayor pasión me tendiera una trampa y me pusiera a prueba de esa manera.

A medida que pasaban los minutos, la tensión y los nervios me atenazaban los músculos y cada vez me costaba más mantenerme a flote. No sé cuánto tiempo pasé en ese estado de desesperación, yo calculo que dos o tres horas. Cuando me empezaba a rendir, comencé a sentir una paz y tranquilidad enorme, de pronto desapareció el miedo. Fue una sensación muy placentera y espiritual. Nunca había sentido nada parecido. Estaba aceptando que quizá ése era mi final. Además, siempre había deseado morir de esa manera, en mi gran azul.

Me hice el muerto, me dejé flotar y mecer por el vaivén de las olas de una manera pacífica. Estaba viviendo una sensación nueva, distinta y extrañamente agradable. Así pase algunas horas, no tenía percepción del tiempo.

De pronto oí el ruido de unos motores, levanté sin fuerzas la cabeza y agité las manos gritando con la poca energía que me quedaba. Eran dos barcas, en

una iba el barquero que me había llevado hasta allí. Cuando llegó, yo ya no tenía fuerzas para subir a la barca, tiró fuertemente de mí y caí a plomo dentro del bote como un tocón de madera.

Una vez me hube recuperado, el barquero me explicó que había empezado a buscarme, y al no encontrarme se fue a puerto para pedir ayuda y seguir intentándolo. Yo no le reocriminé nada, callé y seguí en silencio.

Al llegar al puerto, me quité el traje, las aletas, las gafas y el cinturón y se lo regalé todo. Allí prometí no volver a tirarme más al mar.

Aquella noche, cuando me acosté en la cama no pude dormir. La tensión y el miedo acumulado estaban demasiado frescos. Habían borrado en pocas horas las idílicas imágenes de mi mundo submarino que yo tenía acumuladas en mi mente después de muchos años de buceo. Qué injusto que un contratiempo o un despiste cambiara parte de los mejores recuerdos de mi vida de un bandazo.

Por otro lado, la grata experiencia que sentí en un momento tan límite me hizo pensar que morir quizá no fuera lo que yo siempre había imaginado. Desde esa noche entendí que era algo distinto, aunque no lo pueda precisar, sólo recuerdo que perdí el miedo a la muerte. Así que decidí que eso no podía quedar así.

Al día siguiente cuando me levanté, fui a buscar al barquero y le pedí que me dejara de nuevo mis aparejos y me llevara al mismo sitio donde me perdí. Quería tirarme allí de nuevo y volver a sentir lo que siempre había sentido. No quería dejar la isla ni mi gran azul con unos recuerdos empañados en miedo.

Dentro del agua me invadieron las sensaciones que siempre me habían acompañado, felicidad, amor, pasión. La belleza de ese mundo volvió a entrar de nuevo dentro de mi mente como si fuera la primera vez. Aquel día anduve más cauto y tomé conciencia del tiempo. Fue una jornada maravillosa.

Esa experiencia me enseñó el límite, pero me ayudó en el futuro a enfrentarme a los miedos de manera diferente. No dejándolos que maten mis recuerdos más preciados y positivos. El miedo en esta experiencia fue circunstancial, pero no podía dejarle ganar esta batalla porque en el futuro me podría ganar otras en las que no estaba dispuesto a cederle ni un palmo.

Esto fue lo que pasó allí en Saona y así lo solucioné en aquel momento, aunque el mensaje que me dejó tardé algún tiempo en descifrarlo.

¡No dejes que el miedo empañe todo lo bueno que conseguiste!

¡No dejes que te menosprecie!

¡No dejes que te quite lo que sí valió la pena!

## La fiesta de cumpleaños

Hace unos días, un amigo lejano vino a pedirme dinero prestado para celebrar la fiesta de cumpleaños de su hijo. Su situación económica es crítica, debe todo lo que una persona puede deber cuando está al borde del precipicio. Le pregunté que por qué no le contaba a su hijo que no podía permitirse ese gasto. Me dijo que cuando fuera mayor se lo contaría. Yo no le insistí.

Al día siguiente fui a la fiesta, y mientras veía el espectáculo de los payasos y sus paridas, me trasladé a la escena y al diálogo que vivimos años atrás en casa, cuando le dije a mi hijo que no podíamos permitirnos hacer su fiesta de cumpleaños. Él cumplía los mismos años que el hijo de mi amigo en cuestión.

Mi hijo entendió perfectamente que en ese momento no era posible, pero que íbamos a luchar todos para que eso no se repitiera y salir de esa situación. En aquella conversación convertí a mis hijos en mis aliados, entendieron que todos éramos uno. Que estábamos en el mismo barco, para lo bueno y para lo malo. Me liberaron de tener que inventar ninguna historia que, por supuesto, hubieran detectado tarde o temprano, porque en casa se sabía y se vivía lo que nos estaba ocurriendo. Ya no éramos dos remando en la tormenta, éramos cuatro.

Paradójicamente, aquel día antes de sincerarme con mis hijos, había vendido un reloj muy valioso que tenía desde hacía veinte años. Llevaba el dinero en el bolsillo, pero en el último instante, pensé que no debía gastarlo en algo que, por muy bonito que fuera, no correspondía.

A mí me dio la sensación de que mi amigo iba retrasando el contarle muchas verdades a su hijo, hasta el punto de que el día que lo haga ya será tarde. No tengo nada en contra de esta actitud, pero yo le recordé el otro día a mi hijo la historia de la fiesta de cumpleaños y le pregunté qué habría pensado si le hubiera ocultado la realidad de nuestra situación. Mi hijo me contestó que aquella conversación fue el mejor regalo que le he hecho nunca. Lo hice hombre con doce años, de un golpe. Él ya sabía cómo estábamos, y ocultarle o mentirle le habría decepcionado. Aquel día mi mujer y yo ganamos dos aliados, dos guerreros luchando por la misma causa.

Si ocultamos o mentimos a nuestros hijos o a los que tenemos alrededor, los convertimos inconscientemente en enemigos, ya que tenemos que luchar contra

la evidencia de esconder nuestro momento y, de paso, les indicamos un camino equivocado. Un camino que los obligará en el futuro a hacer lo mismo con sus hijos o con quien se crucen.

Siento un poco de pena cuando veo el esfuerzo de muchas personas intentando esconder ante los que quieren sus emociones y sus fracasos por miedo a no sé exactamente qué. No les dan la opción de unirse a su causa y crear ese espíritu de lucha y compromiso que necesitamos en la vida.

Para mis hijos, aquella conversación fue un regalo inolvidable, después hicimos un fuego en el jardín, tocamos la guitarra, cantamos bajo las estrellas, solos, sin invitados y la vida siguió.

Hoy es una anécdota, pero ese conjuro perdura.





## — ¿Quién dijo miedo? —

Hace ocho años la crisis me llevó al acantilado, no voy a entrar en muchos detalles de cómo ocurrió. Fue un proceso lento y doloroso que acabó en el despacho del director de mi banco. Allí, en un acto solemne de inmolación, dejé las llaves de mi bonita torre, no podía seguir pagando. Unos días después vendía mi flamante deportivo.

¿Quién dijo miedo?

Dos semanas después, mi mujer, mis dos hijos —de catorce y dieciséis años— y yo metimos todo lo que cabía en cuatro maletas y nos fuimos a vivir a China. Sin dinero, sin hablar el idioma, sin contrato de trabajo, sin billete de vuelta, sólo un contacto y un montón de ilusión.

Cerrad los ojos e imaginad este trance durante unos segundos, pero con vuestra familia de protagonista. Qué sensación más rara, ¿verdad?

¿Quién dijo miedo?

Mis hijos tuvieron que ir a una escuela pública china y empezar una nueva vida sin sus amigos, sin sus primos, sin sus abuelos. En fin, sin esas personas que nos acompañan día a día y hacen que nuestra vida tenga color.

Mi familia y yo pasamos nuestras primeras navidades solos, en un país desconocido y culturalmente irreconocible para nosotros.

¿Quién dijo miedo?

Los dos primeros años fueron muy duros, ponía en contacto empresas chinas con empresas españolas, las operaciones se hacían, pero mis tres primeros socios chinos me engañaron, al tercer año encontré un socio serio que sí me pagaba las comisiones, y eso me permitió empezar a respirar.

¿Quién dijo miedo?

A esas alturas del cuento, mis hijos ya se defendían con el idioma, ya tenían amigos chinos y estaban integrados en la ciudad.

Al cuarto año, gracias a que mis hijos conocían el idioma, pudimos independizarnos y montar nuestra propia empresa en Hong Kong.

¿Quién dijo miedo?

A partir de ahí, nuestros ingresos se multiplicaron y empezamos a controlar la situación, ya no había intermediarios que nos engañasen. Integramos la creencia de que todo era posible, donde antes había miedo ahora hay luz.

Antes el futuro era incierto y estaba lleno de peligros, en este nuevo paradigma el mundo está lleno de oportunidades.

¿Quién dijo miedo?

Llegamos a la conclusión de que las reglas del sistema no nos interesaban y comenzamos a formarnos en bolsa, programación, *marketing* y *coaching*. Como ya todo es posible, lo hacemos en Barcelona y EE. UU. ¿Por qué no?

Decidimos que no íbamos a trabajar para nadie y que no nos tendríamos que justificar con ningún título, ni diploma, ni carrera ante nadie, con lo cual creamos nuestro propio calendario a nuestro gusto y diseñamos nuestra hoja de ruta sin interponer limitaciones de ningún tipo.

¿Quién dijo miedo?

Hoy tenemos inversiones en bolsa, en moda, en consultoría, en *coaching* y en ventas *online*. En EE. UU., China y España. Todas estas actividades nos reportan ingresos regulares y nos permiten vivir alineados con nuestros valores.

Nuestro patrimonio financiero lo gestionamos *online* directamente con una plataforma que nos permite invertir en cualquier empresa, índice o materia prima de cualquier parte del mundo sin bancos ni intermediarios. No hemos vuelto a necesitar un banquero en los últimos ocho años.

¿Quién dijo miedo?

Esta experiencia, tan dramática en un principio, se convirtió en la mecha que hizo explotar nuestros talentos individuales y familiares.

Si alguien me hubiera ayudado, quizá estuviera todavía intentando pagar la hipoteca de una casa que posiblemente no me correspondía.

Como decía el poeta, «camina, camina, que hasta que no lo hayas perdido todo, no habrás llegado al final de tu camino». Tuvimos que chuparnos el camino entero de cabo a rabo. Enfrentarnos al estigma del que lo perdido todo.

Que no se ofenda nadie cuando hablo y escribo sobre la teoría de que «si tú quieres, todo es posible».

Cuando alguien me cuenta lo mal que está, siempre le hago la misma pregunta: ¿A dónde te llega el agua? Hay personas a las que se les moja el pie y se vienen abajo. Otros con el agua al cuello siguen retando a la vida. Si les cuento un poquito mi historia, se alegran y se van relajados pensando: «Pues yo no estoy tan mal», y siguen con su vida...

¿De qué tienes miedo tú?

## Delirios

Tengo un amigo de la adolescencia con el que compartí muchas fiestas y momentos entrañables. Pertenece a la burguesía catalana, su familia tiene un bufete de abogados de reconocido prestigio desde hace muchos años. En este bufete trabajan los hermanos y el padre intentando mantener el prestigio y la honorabilidad como bandera de una familia respetada desde hace varias generaciones.

Cuando éramos jóvenes, iba a buscarlo al despacho y quedaba casi siempre impresionado de la armonía familiar y de cómo el clan repartía simpatía y cercanía no sólo conmigo, sino con los trabajadores y con los clientes que por allí rondaban. Era una estampa de película, la sensación de su empresa familiar siempre me maravilló. Eran una referencia cuando yo pensaba en mi familia, a la que imaginaba integrada con esa naturalidad y fluidez en mis sueños de futuro.

En mis delirios, me veía con mis hijos en un despacho tan grande como el de ellos, gestionándolo con esa profesionalidad y ese lustre rodeado de secretarías y clientes importantes deseando ser atendidos.

Él era rico, un privilegiado, el molón de nuestro grupo, tenía el mejor coche, vestía la mejor ropa y se desenvolvía por la vida como un auténtico triunfador. Derrochaba alegría y desparpajo. A menudo bebía más de la cuenta y se emborrachaba con facilidad, cuando lo hacía, emergía de él una ira y una violencia desmedida, algo que yo entonces nunca llegué a comprender. Esa faceta era muy desconcertante porque hacía y decía cosas muy cargadas de amargura y rencor que yo no encajaba en ninguna parte de su vida.

Con los años le perdí de vista, se casó, pero la relación no funcionó y separó al poco tiempo. No volvió a casarse más y su vida se convirtió en una noria de idas y venidas hacia ninguna parte. A mí me parecía un príncipe azul, pero la vida en ese aspecto no le sonrió.

Hace tres años quedamos para recordar viejos tiempos y rememorar batallas pérdidas. Fue una noche tranquila, nada que ver con las fiestas de nuestros dieciocho años. De vuelta a casa en el coche, en un momento dado le comenté la admiración que sentía por su familia y por su empresa.

Me miró a los ojos sin pestañear y paró el coche bruscamente. Me dijo que su padre le había arruinado la vida, que él nunca quiso estar en el negocio familiar, no le interesaba en absoluto. Su manera de rebelarse ante la imposición de

su padre fue beber, drogarse y enfrentarse a todo lo que el padre no quería que hiciese. Este comportamiento se fue suavizando con los años, pero él tenía la sensación de que esa guerra le llevó a ser infeliz, a no haber sido nunca lo que él de verdad quiso ser. En su interior se sentía un cobarde y eso le martirizaba. Su padre no respetó la búsqueda de su sueño y le impuso duramente las reglas de un destino que él no quería.

Yo me quedé mudo, en un instante se desvaneció mi imagen idílica y feliz de su vida, de su familia y de su prestigioso bufete. Entendí de un martillazo que no era su sueño ni su lucha y que no había tenido ni la opción ni la libertad de elegir su camino. De golpe me sentí el mayor egoísta de la historia. Yo llevaba tiempo preparando a mis hijos para que siguieran mi surco, mis experiencias. Estaba repitiendo a mi manera lo que a él le había jodido la vida. Esa revelación fue un golpe que me hizo despertar y entender que no era justo imponer a otros nuestros sueños para que los superaran en nuestro nombre.

Al día siguiente reuní a mis hijos en la mesa y les dije que se olvidaran a partir de ese momento de todo lo que yo había intentado que hicieran y se inventaran su propia vida, sus retos, sus sueños y sus familias sin contar conmigo, a no ser que ellos decidieran lo contrario.

Desde entonces, tengo instalado un detector que se enciende cuando hablo con alguien que no pudo ni elegir ni decidir su propio camino. Lo capto inmediatamente, ese amargor está a flor de piel y desprende un extraño aroma, mezcla de nostalgia y rabia por lo que pudo ser y no fue.

¿Cuántas veces presionamos a personas que están muy cerca para que cumplan con sueños más nuestros que suyos?

¿Cuántas veces ponemos nuestros fracasos y expectativas en las maletas de nuestros hijos, familiares o amigos?

Por favor, dejad que vivan y descubran sus vidas.



## Baja un poco más

En uno de mis peores momentos, mientras veía la televisión con la pantalla apagada, recordé que tenía un Rolex guardado en un saquito de terciopelo rojo en un pequeño cofre olvidado. Hacía años que no me lo ponía, pero era el último objeto de valor que me quedaba de mis días de vino y rosas. Incomprendiblemente, no me había acordado de él hasta ese momento tan místico.

El reloj era el regalo de una persona que me quiso mucho, pero que murió prematuramente y de la cual algún día daré cuenta. Quizá por eso permití que esa joya acabara luciendo en una mano equivocada.

Puse un anuncio en una web de compra y venta de joyas sin mucha fe. Aunque para mi sorpresa, al día siguiente tenía una propuesta. Lo que me ofrecía el presunto comprador era más digno de un estafador profesional que de un comprador ocasional, pero yo acepté. Con ese dinero tenía treinta días más para pensar y poder respirar, o sea, que rápidamente pedí fecha y hora para el convite. Quedamos en la cuarta planta de un *parking* subterráneo de una céntrica plaza de Mataró.

El día de marras y a la hora convenida, yo estaba allí más puntual que un difunto el día de su funeral. Mientras bajaba por la rampa del *parking* una planta tras otra, un escalón tras otro, pensé cómo había podido caer tan bajo y llegar a esa situación. En aquel momento supuse que eso era lo más parecido a bajar al infierno. No podía ocurrir de otra manera, tenía que ser así.

El trayecto se me hizo eterno, no acababan los escalones, el repicar de mis zapatos, el olor a cerrado y la claustrofóbica situación grabó en mi mente la escena a fuego lento. Cuando llegué a la cuarta planta del subterráneo, miré al fondo y una luz encendida dentro de un coche me indicó que allí estaba mi Romeo.

Al entrar en el coche, me sentí como en la taquilla de un confesionario. Miré a mi izquierda y vi la cara de mi destino. Me pareció un personaje siniestro e inexpresivo, como sacado de una novela de Kafka. Ni tan siquiera se dignó en presentarse, tenía más prisa que yo. Con desconfianza me preguntó: «¿Cómo sé que no me estás engañando?». Yo pensé, encima esto. Tenía que convencerle de mi honradez en el sitio más inmundo de la tierra. La conversación parecía más el diálogo de una película de Tarantino que dos personas intentando llegar a un

acuerdo. Finalmente, y a regañadientes, me pagó. Yo no conté el dinero y me fui sin despedirme. Él arrancó y se marchó.

Yo me fui directo al lavabo más cutre que recuerdo para contar el montante. Cuando entré y cerré el pestillo, me sorprendió ver las paredes llenas de grafitis. Y a pesar de que no era el momento ni el lugar, me quedé atrapado leyendo frases hasta que una me hizo parar. Decía algo así como: «Camina, camina, que hasta que no lo pierdas todo no habrás llegado al final de tu camino». Ahí me quedé pensativo, dejé de leer y recuerdo que me fui dándole vueltas al significado de esta frase, que no sé quién la escribió.

Había perdido mi casa, mi negocio, mis bienes materiales y el último objeto de valor que tenía se lo acababa de entregar al portero del infierno y de mis miserias. ¿Cuánto más tenía que perder para llegar al final del camino? Ya no tenía nada más que perder ni que vender, pero el universo me había dejado a solas con mi único tesoro, el más valioso: mi familia y yo.

Juntos escribiríamos una nueva historia.



## Baila y sé feliz

Tenghua fue la persona que más me ayudó en los años que estuve en China. Era la mujer de mi tercer y último socio y fue mi ángel en aquellas difíciles circunstancias. Tenghua se había criado en Barcelona y hablaba perfectamente el español.

Durante tres años estuvimos juntos todos los días una media de diez horas diarias. Ella me acompañaba a todos los sitios, en poco tiempo se convirtió en mi sombra. Me ayudaba en todo, desde comprar una cortina hasta cerrar un contrato con Inditex en Shanghái. Era una persona encantadora, vital y muy emprendedora. Yo me convertí en testigo, cómplice y consejero de sus negocios e inversiones personales. Nos sentíamos muy bien el uno con el otro a pesar del abismo cultural que nos separaba.

Físicamente era una *geisha* moderna, delgada, estilizada y siempre muy elegante. Tenía unos ojos como dos almendras, pelo lacio negro y unos piecitos de bailarina. Todo esto unido a su gracia y desparpajo hacían de ella una mujer muy especial.

Tenghua tenía obsesión con ser independiente y gestionar sus negocios, sin la ayuda de su marido. Él no prestaba la más mínima atención a sus proyectos, cosa que a ella le dolía. Siempre estaba esforzándose por demostrarle su valía, esfuerzo que él ignoraba sin ningún tipo de complejo, ya que era un hombre sumamente ocupado y con diferentes negocios en diversas partes del país, lo cual le obligaba a estar siempre viajando y a pasar la mayor parte del tiempo fuera de su casa.

Su marido, mi socio, la puso a mi disposición para que yo pudiera llevar a cabo el proyecto que compartía con él. Y ella no podía negarse, en su perpetuo esfuerzo por complacerle y ganarse su respeto. Mi compañera de fatigas era mi mejor amiga y yo su mejor amigo, y sin darnos cuenta nos convertimos en confidentes de nuestros problemas y preocupaciones.

Tenghua tenía un hijo y una hija. Su hija Yan era su ojo derecho, tenía doce años y era como ella, pero en princesa, era su fuente de felicidad, se le iluminaba la cara y se le llenaba boca de halagos y de cumplidos cuando hablaba de ella. En cambio, su hijo Yuhao de diez años era todo lo contrario, revoltoso, gritón, travieso y muy desobediente.

Hablar de su hijo se convirtió en el tema principal de nuestras conversaciones cotidianas. Era su mayor preocupación, se entristecía y se sentía impotente ante el carácter indomable del niño. Su comportamiento la descuadraba por completo y la ponía muy nerviosa. Tenghua no encontraba la fórmula para desactivar esa actitud que tanto la hacía sufrir.

Un día tomó la decisión de llevarlo a un psicólogo para intentar encontrar la llave de su obsesión. Con el pasar de los meses, ella me iba contando lo que el psicólogo y los maestros le hacían hacer para poder dominar al potrillo desbocado, pero no conseguía domarlo.

Finalmente, los profesores le acabaron aconsejando que llevara a Yuhao a un internado a modo de castigo para intentar corregirlo. Aquella medida me pareció desacertada porque separaba a los dos hermanos, dejando a uno en casa y a otro internado. Yo intentaba no tomar parte en sus decisiones para no liarla más, sólo la escuchaba y le sugería que quizá hubiera algo detrás de ese comportamiento que ella no acababa de entender. Yuhao quería ser querido, pensaba para mí. Su estancia en el internado, más que aplacarlo, lo volvió más indomable y rebelde.

Un buen día se lo llevó a España a un psicólogo muy reputado, el cual le diagnosticó el famoso síndrome de déficit de atención. Cuando volvió me lo contó como si hubiera encontrado la solución a su tormento. Yo bajé la cabeza y ella me miró sin entender mi reacción. Mientras me comentaba la medicación que tenía que darle, a mí se me agarró un nudo al estómago. Yo lo veía claro, pero ella en su mapa tenía otras razones.

La verdad es que pasaban los días y yo no notaba ningún cambio en su comportamiento. Yuhao era un auténtico terremoto, una fuerza descontrolada de la naturaleza. Ir a comer con ellos o salir a pasear era una odisea de nervios y atenciones alrededor del infante.

Un buen día los invitamos a cenar a casa para evitar el festival al que nos tenía acostumbrados en sitios públicos. Allí en mi terreno, Yuhao estaba bajo control. Aquel día, yo tenía puesto en una pantalla plana un vídeo de Paco de Lucía justo cuando entraron en el comedor de casa. Como de costumbre, el niño entró como un caballo desbocado, pero de pronto se quedó pegado ante la imagen y la música del guitarrista con sus bailarines.

Yuhao nunca había escuchado una música como ésa, su cara de asombro y su quietud nos dejaron a todos impresionados. De pronto había algo que había



logrado captar su atención y frenarlo. Aquel día, le pusimos varias veces el vídeo, que duraba más de una hora, con lo cual lo tuvimos más de tres horas pegado a la magia de la guitarra y al duende de los quejidos del flamenco.

Al día siguiente, Tenghua me contó que su hijo le había pedido volver a escuchar esa música, y sobre todo le había llamado mucho la atención el baile flamenco y sus vestimentas.

Unos días después, Yuhao vino de nuevo a casa, le puse otra vez el vídeo y lo dejé allí solo, hipnotizado con su nueva afición. Cuando volví al par de horas, me lo encontré bailando al son de las castañuelas, el cajón y las melodías rotas del cante jondo. Mientras permanecía inmóvil observándole detrás de la cortina, algo me dijo que allí estaba la medicación que necesitaba.

Sus visitas a casa se fueron volviendo más asiduas, Tenghua no entendía el extraño embrujo en el que había caído su hijo, pero no le disgustaba, su comportamiento no era el mismo.

Apenas un mes después, Yuhao empiezo a ir a una escuela de flamenco en Shanghai. Su afición fue a más, y en un viaje a España le compré un traje de flamenco, sombrero negro incluido. En la escuela de flamenco encontró otros que tenían el mismo problema. Solamente querían bailar y bailar. Yuhao había encontrado a otros niños como él, cuyo único trastorno era que querían saltar, bailar y ser felices al son de la música.

A partir de aquí, su existencia dio un giro y su día a día se vio inundado por esta magia que lo transformó en un bailar apasionado y entregado. Se acabaron las pastillas, los psicólogos, los internados y las terapias alternativas.

Han pasado ya ocho años de todo esto y nuestro protagonista ha cumplido uno de sus mayores sueños: venir a la Feria de Abril de Sevilla.

Ese niño revoltoso, indomable y trastornado es un artista flamenco que va a abrir en breve su escuela de baile en China para evitar que otros niños como él caigan en manos de psicólogos y profesores habituados a etiquetar y mutilar sin muchos prejuicios con síndromes y trastornos a posibles artistas y soñadores.

Esta historia tiene un final feliz y yo me enorgullezco por mi gran amiga Tenghua.

Pero cuántos niños y adultos fueron etiquetados en su día por psicólogos, profesores o médicos y llevan años arrastrando síndromes y trastornos de dudoso diagnóstico.

¿Por qué aceptamos estas etiquetas sin más?

## Adán y Eva

Está entrañable pareja fue expulsada del paraíso por cometer el pecado original.

Podría ser la publicidad de un *reality show* de la próxima temporada, pero desgraciadamente ya sabéis que no es así. La supuesta razón fue por morder una manzana. Sí, una manzana. Un acto espantoso y aberrante que sólo de pensarlo se me remueven las tripas.

Hace mucho tiempo, nuestros queridos amigos fueron juzgados y declarados culpables por un tribunal desconocido y con muy mala leche. Ésta es la sentencia que sin comerlo ni beberlo nos hace nacer y sentirnos culpables por ser descendientes de ellos. De paso, nos condena a purgar nuestros pecados continuamente, rindiendo pleitesía y rindiendo cuentas a no se sabe muy bien quién con la seria amenaza de no ir al cielo. Si hubo otras razones en el escándalo de Adán y Eva se desconocen, o sea, que ésa es la versión oficial. El caso se cerró sólo con esa única prueba.

Pero para que esto no volviera a suceder, se dictó un manual que habría de guiar nuestra moral y nuestra forma de actuar y de pensar. Un manual que increíblemente sigue siendo un superventas, el libro más vendido de la historia.

Ha llovido mucho desde aquel desagradable incidente que tanto conmocionó a no sabemos quién, porque se presupone que no había mucha gente. Pero a pesar del tiempo, seguimos teniendo el bocado de esa manzana atragantado en la nuez, por si lo habíais olvidado. No hay manera de digerirlo y de pasar a otra cosa.

En fin, os puede parecer surrealista, pero este manual ético y moral genera unos derechos de autor que para mí los quisiera. La empresa que maneja los beneficios de semejante sinsentido declara ayudar a los demás, por lo menos eso es lo que vende. Sin olvidar que la obra de donde extraen este hecho tan rentable no tiene autor, ni siquiera les pertenece.

Han pasado unos cuantos años y han sido líderes de conciencia y de audiencia. Pero la primera multinacional de la historia ya no vende, pierde fuelle y mira que están bien financieramente. Tienen banco propio y no pagan impuestos, pero los muy jetas aún siguen pidiendo.

Si el verdadero Dios levantara la cabeza y viera lo que hacen en su nombre, los habría despedido a las primeras de cambio por inmorales y corruptos. Sus

directivos diseñaron una estrategia de venta basada en las amenazas, los temores, las culpas, los castigos, los resentimientos, además de en una lista de pecados de distinta naturaleza y una amplia gama de productos altamente tóxicos y contaminantes para el ser humano. Nos han estado intoxicando durante siglos con el veneno más mortífero que hay, el miedo.

Hoy no les concederían ni licencia de apertura, ni frecuencia de ondas ni audiencia en ningún sitio medianamente respetable. Qué les hubiera costado vender amor, felicidad, aceptación, pasión, goce, disfrute, sexo y todo lo que verdaderamente nos gusta. Su *marketing* ya se ha quedado desfasado, a no ser que aparezca algún gurú de turno.

De verdad, no os sintáis mal, yo tampoco había pensado en esto hasta que hace poco, un día me pregunte: «¿Qué se puede esperar de una gente que expulsa a dos personas tan majas como Adán y Eva del paraíso?». Su mensaje subliminal e inconsciente nos estaba diciendo: «¡Ey! ¡Ten cuidado con nosotros, ya has visto cómo nos las gastamos! ¡Somos muy chungos!».

En fin, éstos no representan al Dios verdadero. Y eso me gustaría que lo supierais. Ése no castiga, no amenaza, no expulsa, está siempre feliz y no entiende de sacrificios innecesarios ni de rituales ridículos. Sólo da y regala sin esperar nada a cambio.



## El cambio de paradigma

No estamos en una época de cambios, estamos en un cambio de época en toda regla. Vivimos un cambio de paradigma muy poderoso y potente porque están en peligro nuestros recursos naturales, empiezan a flaquear y todas las alarmas están encendidas desde hace unos años.

Nosotros, el ser humano, como especie sobreviviremos pase lo que pase, hagamos lo que hagamos. Ya estamos acostumbrados, llevamos millones de años colonizando planetas y buscando casa cíclicamente, pero ninguna tan bella y sublime como ésta.

En estos momentos, la prioridad es preservar este paraíso llamado Tierra, y sólo existe una fórmula: cambio de conciencia. Se nos están entregando muy rápidamente información y detalles muy precisos, toda esta revolución de información y de progreso de la cual somos testigos no es casual. Hemos avanzado en pocos años más que en muchos siglos y eso tiene una explicación.

Debemos detener y reinventar el modelo de sociedad que hemos creado, ya que es el responsable del desajuste entre nosotros y los recursos que este bonito planeta nos ofrece, y que hace que en un plazo corto de tiempo a nivel cuántico nos tengamos que ir...

¿Cómo veis el mundo a cuatrocientos, quinientos años vista? ¿Lo imagináis? Ahora parece una eternidad, pero en otros niveles es un espacio temporal muy corto, de ahí las prisas...

Si es justo o no, a la naturaleza o a las leyes universales no les interesa, pues no entienden de justicia o injusticia y ni juzgan ni condenan. Todo esto que nos rodea es un invento nuestro y lo hemos creado nosotros para nuestro uso y disfrute, es como nuestro parque de atracciones. Por eso, desde otro plano se nos están dando instrucciones e informaciones con las cuales se van a crear cosas inimaginables a una velocidad récord, con el fin de que podamos permanecer aquí el máximo de tiempo posible, aunque en este proceso deban pasar cosas que no sean del agrado de todos.

Se generará pobreza en el primer mundo a través de los grandes fondos de inversión que camparan a sus anchas derribando países, monedas, macroempresas y manejando el mundo sin que los Estados puedan hacer nada porque son sus principales clientes. Se crearán y se financiarán guerras en el segundo y tercer

mundo entregando dinero tanto a los Estados como a los rebeldes para que se maten entre ellos. Se financiará el fanatismo religioso y no se solucionará el tema del hambre a pesar de que una parte de la población esté sobrealimentada.

Se reservará información importante sobre salud en países tercermundistas, es un secreto a voces. ¿Imagináis a americanos o europeos muriendo de malaria? En los países del primer mundo, la OMS, controlada por el *lobby* farmacéutico que está en manos de los mismos fondos de inversión, seguirá con sus protocolos y sus intereses para que no estemos realmente sanos, aunque paralelamente se nos vendan otros descubrimientos más provenientes de sus intereses que de lo que debería ser su verdadero propósito. El objetivo será disminuir la población en los próximos cien años como sea...

En este caso, el fin justifica los medios, el conjuro está aceptado por los más elevados/conectados de este plano y los más elevados del otro plano, desde donde se manda la información para que el objetivo de reducir la población y crear un nuevo paradigma se lleve de una manera precisa y acompasada. Por un lado, se dejará morir y se impedirá que sigamos procreando a este ritmo, y por el otro, se generará una nueva conciencia. Los que están aquí están llevando a cabo una parte y los que están en otro plano la otra.

Es coherente, aunque injusto, pero como la madre naturaleza no entiende de eso, el tema se debe llevar más o menos de esta manera. Los conectados poderosos quieren seguir con su expolio particular, pero los iluminados ya los han avisado: «Os quedaréis, pero tenéis que renunciar y jugar con otras reglas». No les queda otra.

Así que el escenario a corto plazo no cambiará mucho ni a nivel social ni a nivel político. Entrará en un punto muerto y empezará a ser visible de cara a la galería en la próxima década.

Somos muchos y con muchas ganas de tener y consumir de todo, este cambio de paradigma empezará por nosotros mismos, nuestros valores y nuestras creencias, nos cuestionaremos nuestras necesidades a través de un cambio de conciencia que nos ayude a comprender y asimilar esa información lo antes posible.

¡Que todo sale de la naturaleza, con la cual todavía no hemos entendido que estamos conectados!

Después en dos o tres décadas, conectaremos a un nivel más masivo con la conciencia cuántica para intentar armonizar y sintonizar con las leyes universa-

les, quizá muchos no lleguemos a tiempo de verlo, pero las generaciones nacidas en este nuevo milenio se encontrarán la llama encendida. Toda esta avalancha de información nueva, descubrimientos y hallazgos en cascada llegará de la mano de personas no poderosas aparentemente, que están siendo informadas desde la Fuente para que propaguen el nuevo paradigma y se empiece a instalar lo antes posible.

Ellos están recibiendo datos y tienen el deber de transmitirlos para que se integren en la ciencia, en la informática, en la nueva medicina, en la comunicación y en el desarrollo personal a través de la nube, ya que es la única manera de *hackear* este sistema tan controlado. Algunos creen que esta información los hace especiales, pero simplemente son intermediarios. El criterio en la selección de estos iluminados escapa a nuestra comprensión.

Pero no os asustéis, ya que de lo que se trata es de que podamos seguir aquí y de que nuestros descendientes puedan ver con sus ojos la misma belleza que nosotros estamos contemplando, que nos rodea y que muchas veces ignoramos.

Arriba, encima de la atalaya, todo esto ya lo saben los que lo tienen que saber, y ellos también están preocupados, porque tendrán que ejecutar la parte sucia del plan y tendrán que renunciar a muchos privilegios.

No se pueden oponer, no tienen otra opción, a ellos también les gusta estar aquí y quieren que sus descendientes sigan disfrutando de lo maravilloso que es este mundo. Debemos tomar conciencia de todo esto y aceptar nuestra parte de responsabilidad. Al final, tomar conciencia simplemente se trata de ampliar nuestra capacidad de comprensión. ¿Para qué? Pues para acabar conectados con nosotros mismos y después, SOLAMENTE si es necesario, con la Fuente, Dios, Buda, Inteligencia Superior, Yo Cuántico, Madre Naturaleza, Conciencia Universal, o como quieras llamarlo, que es lo que nos ha creado y nos ha traído para vivir el aquí y el ahora con el fin de experimentar una vida y unas emociones predeterminadas y decididas por nosotros mismos.

Ése es el único sentido y propósito de nuestra estancia. Vivir, amar, sufrir, reír, llorar, sentir, procrear y un sinnúmero de sensaciones más que sólo se dan en este plano y en esta dimensión.

Si te sientes conectado a algo superior, pregúntate... ¿para qué? Qué sentido tiene la información que estás recibiendo y qué uso le debes dar no es casual, nada lo es. Forma parte del juego. Si no conectas con lo divino o lo trascendente, no te preocupes, porque tú lo decidiste antes de llegar.

Ya somos divinos, trascendentes y espirituales desde donde venimos, por eso muchos no conectamos, queremos tener una experiencia plena y sin interrupciones, llena de intensidad e incertidumbre.

La vida es un viaje a ningún sitio, no tenemos ningún propósito más que disfrutar de la aventura. Y por si alguien se pone triste, lo mejor de todo es que cuando se acaba ya tenemos en la mano el tique de la próxima, y así llevamos millones de años. ¿No os parece maravilloso?

Seguirá... (si queréis).

